

El Papa ¿testigo sobreviviente de un antiguo mito?

Jorge Rodríguez

En el libro de Juan Pablo II, «*Cruzando el umbral de la esperanza*»¹, se suscita una serie de interrogantes problemáticos que laten en el hombre de hoy. Interrogantes que éste se pone desde el contexto en que se halla inmerso, y que quizá lleva asimilado dentro de sí sin ser del todo consciente de ello. En sus objeciones a la fe, en el «juicio» al que quiere someter a Dios, no habla solamente Vittorio Messori, el interlocutor del Papa Wojtyła, sino que muchos hombres hablan en él: se puede decir que en sus preguntas afloran las ideas que otros hombres han pensado y piensan hoy. Preguntas claves hechas en un momento histórico significativo. Como dice el libro, estamos en «el umbral del tercer milenio». La situación que vive el mundo nos da la impresión de que Dios está volteando una página del libro del destino humano.

Siempre un cambio de siglo —y más aún de milenio— despierta la imaginación, los temores y las ilusiones. Es lo que se suele llamar «la enfermedad de fin de siglo» (*la maladie de fin de siècle*). Se presentó a fines del siglo XVIII en Francia con todos los entusiasmos de la «libertad, fraternidad, igualdad», desgraciadamente ahogados en sangre. Volvió a darse a finales del XIX llena de pronósticos alarmantes y de proyectos científicos que rayaban en la ciencia-ficción.

A escasos cinco años de concluir el siglo XX, la «*maladie de fin de siècle*» se presenta preocupante. Aunque parezca

¹ Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janes Editores, Buenos Aires, 1984, pp. 224. (Los citas textuales de esta obra serán indicadas con la

paradójico, dados los acontecimientos del '89, se puede decir que una de las enfermedades de fin de este siglo es la intensificación del secularismo y su difusión planetaria. Es el contagio de esa mentalidad que afirma la autonomía del mundo y del hombre, asignando a este último lo que antes se atribuía a Dios; es decir, una mentalidad y actitud establecidas «etsi deus non daretur», que solamente toma en consideración las leyes y fuerzas de la naturaleza y de la historia. Es el hombre que busca explicar y autogestionar el universo prescindiendo de Dios².

En la novela de Aldous Huxley, «*Brave New World*» (1932), Mustafá Mond gobierna el nuevo mundo en el que ya no existen el arte, la ciencia y la religión, precio pagado para poder gozar de una sociedad armónica sin pleitos y feliz. Dios ha sido eliminado porque ya todos gozan del suficiente bienestar como para no sentir más necesidad de El. Antes de la tragedia final, el Gobernador se encuentra con el «salvaje» que le pregunta: «¿Entonces, Ud. cree que Dios no existe?». «No —responde el Gobernador—, yo creo que probablemente hay uno». «¿Entonces por qué...?». Mustafá lo detiene: «Pero él se manifiesta en modo diverso a diversos hombres. En los tiempos premodernos se manifestaba como el ser descrito en estos libros —le muestra la Biblia y otros libros sagrados—. Hoy se manifiesta como una ausencia, como si no existiese para nada».

En este contexto se entiende la primera cuestión que Vittorio Messori dirige al Papa Juan Pablo II. Pregunta que, como dice el mismo entrevistador, intenta ir a las raíces de los problemas.

² El tema del secularismo y de la secularización es complejo y exige una serie de precisiones que por razones de espacio nos dispensamos de plantear. Tomamos el secularismo en su sentido genérico y negativo. Para el tema puede verse: Félix-

Una pregunta fundamental

¿Es el Papa «un testigo superviviente de unos antiguos mitos y leyendas que el hombre de hoy no puede aceptar»? ¿es el «protagonista más ilustre de una ilusión milenaria»?

La pregunta centra el blanco. El hombre contemporáneo pone en entredicho un punto *stantis cadentis* de la fe de un cristiano. Messori la ha pensado muy bien, y para hacerla más incisiva la dirige al Papa en primera persona.

La pregunta se plantea en dos niveles. El más radical de ellos insinúa la duda de que toda la historia de Jesús y la fe que nació de ella no sea otra cosa que un gran mito, la ilusión más exorbitante de la historia, un engaño en el que tantos millones de personas han vivido inconscientemente. Quizá sería el momento de despertarnos. La pregunta misma expresa los sentimientos del «hombre secularista»: la persona del Papa, supuestamente representante de ese «engaño» o mito, resulta «una provocación», «un escándalo», «una pretensión absurda» en el mundo de hoy.

Ante un Papa hay que elegir. El que es Cabeza de la Iglesia católica es definido por la fe «Vicario de Cristo». Es considerado como el hombre que sobre la tierra representa al Hijo de Dios... Sin embargo, y según muchos otros, esta pretensión es absurda; para ellos el Papa no es representante de Dios sino testigo superviviente de unos antiguos mitos y leyendas que el hombre de hoy no puede aceptar (C 33).

El segundo nivel de la pregunta trata de penetrar en la conciencia personal e íntima de Juan Pablo II. En definitiva le sugiere si en el campo de sus convicciones más hondas nunca se le ha pasado por la mente que todo eso que representa y está tratando de sostener sea la mentira más grande nunca jamás

contada. Él no ha visto milagros, no ha tenido apariciones del más allá, no ha tenido revelaciones privadas o públicas... sólo ha tenido fe. ¿Y si todo eso que cree, todo eso de lo que no tiene garantía racional, no fuera verdad?

«Si me lo permite, Le preguntaría: ¿No ha dudado nunca, en medio de su certeza, de tal vínculo con Jesucristo y, por tanto, con Dios? ¿Nunca se le ha planteado preguntas y problemas acerca de la verdad de ese Credo que se recita en la Misa y que proclama una inaudita fe, de la que Usted es el garante más autorizado?» (C 27-28).

1. ¿Y si Jesucristo fuera solamente un mito?

Por la fe sabemos que Dios se reveló en la historia y vida de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre. Este es un dato fundamental de la fe cristiana. Sin embargo, hay que reconocer que el único acceso que tenemos a este Jesús que vivió en Palestina en unas coordenadas temporales y sociológicas muy determinadas, son los evangelios, que nos narran cómo era y actuaba Jesús de Nazaret, según lo veía la fe de los primeros discípulos y de la primera comunidad cristiana. Es de dominio común que los evangelios no son crónicas escritas, según los criterios exactos de la ciencia histórica moderna, para documentar los hechos que narran.

Entre los acontecimientos y la redacción corrió algo tiempo, y cabe pensar que los evangelios fueron escritos bajo el influjo de la predicación de la comunidad apostólica. Sólo en un momento posterior se tuvo la preocupación de fijar por escrito los hechos.

Dada esta premisa, uno puede preguntarse si es posible determinar lo que pertenece realmente a la historia de Jesús de

Nazaret y lo que es interpretación de aquella primera comunidad cristiana. ¿Podemos llegar al mismo Jesús histórico a través de los relatos evangélicos? ¿Pueden estos textos darnos algún tipo de certeza histórica?³

Se puede decir que hasta el siglo XVIII hay una aceptación general de la verdad histórica de los evangelios. Tomando como base el texto de san Lucas 1, 1-4, se daba por histórico todo lo que se decía en estos relatos, ya que habían sido escritos por autores bien informados sobre Jesús, esto es, los apóstoles y algunos discípulos de estos. El nuevo Testamento era considerado una historia precisa de Jesús.

Sin mayor pretensión de ofrecer un estudio detallado del problema, se puede hacer partir la duda sobre la historicidad de lo referido por los evangelios, de un profesor de lenguas orientales de Hamburgo, Hermann Samuel Reimarus (m. 1768). Su obra «*Apología de los adoradores racionales de Dios*», que él no osó publicar en vida, fue mandada a la imprenta por el iluminista Gotthild E. Lessing, con el título «*Fragments de un anónimo*» (1778). Según este autor, Jesús de Nazaret no fue sino un agitador político fracasado a cuya muerte los discípulos, robando el cadáver, habrían comenzado a propagar el engaño de su resurrección. Los evangelios no serían sino la consagración oficial de este grande engaño que sigue contagiando hasta nuestros días, pues, como afirmaba Reimarus, «los cristianos no son sino papagayos que repiten lo que oyen decir».

El coro no se hizo esperar. En la misma línea de Reimarus comenzaron a alinearse los iluministas, los deístas ingleses, los pensadores franceses de la *Encyclopédie*, Voltaire, Strauss,

³ Sobre el tema: J. Caba, *De los evangelios al Jesús histórico*, BAC, Madrid 1970; R. Latourelle, *A Jesús el Cristo por los evangelios*, Sígueme, Salamanca 1986; F. Meinig, *San Mateo*,

Renan, Kähler, Wrede hasta llegar a Rudolf Bultmann. Se había echado el descrédito, la duda y la sospecha sobre la veracidad de los evangelios, que como se anotaba antes, son quizá nuestra única puerta de acceso a la historia objetiva de Jesús de Nazaret.

Bultmann significó la radicalización del problema. Según este teólogo protestante, los evangelios son una interpretación teológica de los hechos, pero no los hechos mismos, ni su relato objetivamente histórico. No desconoce la historicidad de Cristo, pero considera carente de sentido pretender extraerla de las fuentes cristianas —los evangelios— ya que estos se encontrarían plagados de mitos y leyendas. Es cierto que existió una persona que dio origen al movimiento cristiano, pero de ella no nos interesan ni su vida ni sus obras, sino solamente su mensaje. Lo único que sabemos con certeza es que existió y que lo crucificaron. Nada más. El «mito Jesucristo» no sería sino una representación de lo divino a modo humano, una especie de plasmación historizada de un ideal religioso. El mito estaría, no en la existencia de Jesús, sino en haberlo hecho Dios.

En definitiva, al parecer, de los evangelios no podríamos obtener garantía alguna. Más bien parecería que la ciencia histórica y la crítica textual comprobarían la existencia de estos relatos mitológicos en los evangelios. ¿Entonces la fe en Jesús que nos refieren Mateos, Lucas, Marcos y Juan es una pura invención, un fraude?⁴

Propugnadores de esta reducción de Cristo a un mito siguen alimentando las filas. Es, por ejemplo, el reciente caso de la estudiosa alemana de ciencias religiosas, Uta Ranke-Heinemann, quien en una entrevista concedida a *Il Corriere della Sera*, afirmaba: «No digo que el nacimiento de Jesús sea una fábula; es

⁴ Una síntesis del desarrollo y prejuicios que pueden dar razón del desarrollo de

una fábula el relato que ofrecen de ella los evangelios. Y es una fábula la idea de que él nos ha redimido con su sangre, que Dios Padre haya querido esta sangre. Esta es una fábula malvada, tan horrible como la de Isaac. Es bajo el cúmulo fabulista de la Escritura donde debemos buscar a Jesús como una persona desaparecida, un disperso».

En la pregunta de Vittorio Messori al Papa es evidente que resuena este prejuicio ya asimilado por algunos de nuestros contemporáneos. ¿Y si todo esto de Jesús y de los evangelios no fuera sino un mito, rayano en la mentira y ciertamente inadecuado a la realidad? Una reseña fenomenológica sería suficiente para descubrir los resultados de la difusión de estas ideas en nuestro mundo de hoy. Es común encontrarse con opiniones del género: «Jesucristo fue un gran hombre»; «un ejemplo filantrópico y moral que debemos seguir»; «el fundador de una de las grandes religiones históricas, como también lo fueron Buda y Mahoma»; «el ideal de lo que debe ser un hombre», etc. La referencia a la divinidad de la persona de Jesús, sin embargo, ha sido completamente relegada en estas opiniones. En el fondo, quizá inconscientemente, ya se ha hecho propia la tesis de que identificar a Jesús de Nazaret con Dios mismo, es fruto de un mito no racional y, por lo tanto, no asumible por los hombres de hoy.

2. La matriz filosófica de esta pregunta

A lo largo de las páginas de «Cruzando el umbral de la esperanza» hay una insistente denuncia de la «*maladie de fin de siècle*» cuya matriz filosófica, desde el punto de vista de su origen y de su contenido, es el racionalismo. El tentativo de reducir a Cristo a un mito obedece a la entronización de la razón humana como dominadora última de toda la realidad y del conocimiento.

El proceso racional que quiere hacer del Verbo de Dios encarnado en Jesús de Nazaret una creación mitológica pretende ser lógico en su argumentación. Esta se funda en que aplicando al evangelio los parámetros de la pura racionalidad, de la exégesis y del método histórico-crítico, se dice llegar a demostrar, como se señalaba párrafos arriba, que los evangelios son relatos saturados de mitos y leyendas; una interpretación que la comunidad hizo de lo que vivió en Jesús de Nazaret, pero cuya historicidad está comprometida en la raíz. Estaríamos ante la creación mitológica por parte de una comunidad exaltada que idealizó a Jesús de Nazaret hasta llegar a divinizarlo. El cristianismo debería ser considerado una religión más entre tantas otras fundadas sobre narraciones mitológicas.

Por otro lado, aplicando al cristianismo la fenomenología de las religiones, es decir, comparándolo con las demás religiones es fácil ver —continúan ellos— que todas son más o menos iguales, míticas, con toda probabilidad inútiles para la construcción de la sociedad ideal.

En el fondo lo que se rechaza —y nunca aceptarán los racionalistas— es el hecho de que Dios se haya encarnado y haya intervenido en la historia: prejuicio iluminista y racionalista (deísta y masónico). Precisamente de la verdad histórica de la encarnación, arrancará la respuesta del Papa.

En diversos momentos del libro de Juan Pablo II se vuelve sobre este tema. El racionalismo fue el causante de que los hombres de nuestro mundo moderno, se alejaran del cristianismo. Lo que era esencialmente cristiano se ha puesto entre paréntesis y se le ha arrojado encima la sospecha. El protagonista de este racionalismo es el iluminismo, «doctrina con la que se lleva a cabo la definitiva afirmación del puro racionalismo». Pero este racionalismo, continúa en su análisis el Papa, no trajo la ruptura

con un Dios existente fuera del mundo —los iluministas eran por lo general deístas, creían en un Dios alejado del mundo— sino con el Dios de Jesucristo, con el evangelio y la eucaristía. El iluminismo racionalista no soportaba la idea de un Dios presente en el mundo.

Un Dios presente en el mundo parecería como inútil a una mentalidad formada sobre el conocimiento naturalista del mundo; igualmente un Dios operante en el hombre resultaba inútil para el conocimiento moderno, para la moderna ciencia del hombre, del que examina sus mecanismo consciente y subconscientes.

El racionalismo iluminista puso entre paréntesis al verdadero Dios y, en particular, al Dios Redentor. ¿Qué consecuencia trajo esto? Que el hombre tenía que vivir dejándose guiar exclusivamente por la propia razón, como si Dios no existiese (C 69).

Hemos reencontrado el «como si Dios no existiese» del secularismo, y su matriz filosófica racionalista e iluminista. Sin embargo, todavía se puede profundizar más y hallar el presupuesto filosófico que está en la base de este racionalismo de línea iluminista.

El Card. Joseph Ratzinger analiza detalladamente el método y conclusiones de Bultmann y Dibelius, que concluyeron en la propuesta exegética y teológica de «desmitologizar el evangelio» y señala que el presupuesto filosófico de todo el sistema se encuentra en el viraje filosófico llevado a efecto por Kant. El hombre conducido racionalmente ha de contentarse con el ámbito de lo categorial. De ahí, señala J. Ratzinger, «la reducción a lo que es positivo, empírico, al ámbito de la ciencia “exacta”, en la que, por definición, se excluye que pueda manifestarse lo que es totalmente diverso, el que es Totalmente Otro». Esto viene a

significar que la razón no tiene nada que decir sobre las realidades que exceden el mundo de lo empírico y fenoménico. Por lo tanto, dentro de sus márgenes racionales el hombre lo puede explicar todo, de modo que lo que hasta entonces hubiera podido parecer como una manifestación directa de la divinidad, no puede ser otra cosa que un mito, del que es posible descubrir el origen y las leyes de desarrollo⁵.

Con este prejuicio filosófico se explica el esfuerzo por reducir a Cristo a un mito. No cabe en la razón humana la idea de un Dios presente en nuestro mundo, un Dios encarnado. Cuando mucho se concederá que se trate de un hombre (de ahí los diversos reduccionismos antropológicos de Cristo mencionados precedentemente), pero nunca de una presencia divina en Jesús de Nazaret.

Una respuesta certera

El Papa es teólogo y sabe que la fe es una virtud teologal infundida directamente por Dios en el alma, y que la confesión de fe: «Jesús es Dios», sólo se puede hacer movidos por la fe, no por la razón. Todo el esfuerzo racional junto es incapaz de producir un solo acto de fe.

Así se explica cómo Jacob Neusner, rabino y profesor de religión en la Universidad de South Florida, después de estudiar atentamente los Evangelios llegó a la conclusión, contraponiéndose a la opinión de diversos exegetas cristianos, de que el Jesús que aparece descrito en los evangelios es el Jesús real que existió históricamente. Sin embargo, a la pregunta de si a

⁵ Cf. J. Ratzinger, *Foundations and Approaches on Biblical Exegesis*, en *Originis. NC Documentary service* (February 11, 1988), 17 (1988) 599 (traducción

lo largo de sus estudios sobre Jesús no se le hubiera cruzado por la cabeza la idea de seguirlo, respondió: «No. Por mi parte reafirmo que la Torah del Sinaí está por encima de Jesús y contra Jesucristo. Y en la perspectiva de la Torah sólo Dios es el Señor del sábado. Si yo me hubiese encontrado a los pies de la montaña donde Jesús predicaba no lo habría seguido. Hubiera regresado a mi pueblo, a mi familia, y habría continuado mi vida como parte del eterno Israel»⁶.

La fe, sin embargo, no siendo racional, sí es razonable. Es decir, uno no cree que Jesús es Dios por razones, sino que tiene razones para creer que Jesús es Dios⁷. La fe en Cristo nunca será el resultado de argumentaciones racionales, por mucha lógica y solidez que éstas tengan. Esto no significa en absoluto que haya que relegar la fe al campo de la irracionalidad, de la mitología o del voluntarismo. La fe cristiana, sin ser fruto de la razón, está impregnada de sentido y racionalidad. Es necesario tener confianza en la verdad del mensaje cristiano, en la capacidad que éste tiene de interpretar la situación humana y de ofrecerle «salvación», en la armonía que existe entre la «lógica» del cristianismo y la lógica de la existencia humana. El hombre, con su razón, debe ser capaz de descubrir la luz, sentido y respuestas que la fe en Cristo arroja sobre su realidad personal. Esto es lo que le hace la fe razonable, esto es, significativa para la propia vida.

Más aún. La razón humana es capaz de confrontarse con la fe cristiana por lo menos en tres sectores del saber: con la historia, que investiga la realidad objetiva de Jesús de Nazaret; con la filosofía, que reflexiona sobre los interrogantes más acuciantes

⁶ *Il Rabino che difende i Vangeli* (entrevista de Gianni Cardinale), en *30 Giorni*, 1 (1994) 47.

⁷

del hombre; y con las ciencias humanas, a veces tan reductivas en su consideración del hecho religioso.

La fe cristiana, la fe que confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, tiene su origen en Dios, «dador de todo don perfecto» y es respuesta a la palabra dirigida por Dios al hombre. Tratándose de una Palabra que Dios hizo llegar al hombre en la historia, es decir, de una manifestación histórica de Dios, ésta presenta ciertos aspectos históricamente verificables. Más aún, además de esta verificación histórica externa, cabe también una verificación interna del carácter razonable del acto de fe por medio del encuentro entre la experiencia cristiana y el dinamismo ilimitado de la búsqueda de la verdad, inscrito en la razón humana.

Juan Pablo II es consciente de la fuerza y del papel importante que la razón desempeña en orden al acto de fe, pero reconocer los límites de la racionalidad y subraya con fuerza en su respuesta que la certeza del cristiano tiene origen divino. Y esta certeza es el motivo de su seguridad y valentía.

«Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo». Esto confiesa la Iglesia a través de los siglos, junto con todos los que comparten su fe. Junto con todos aquellos a quienes el Padre ha revelado al Hijo en el Espíritu Santo, así como a quienes el Hijo en el Espíritu ha revelado al Padre (cf. *Mt* 11, 25-27). Esta revelación es *definitiva*, sólo se la puede aceptar o rechazar. Se la puede aceptar, confesando a Dios, Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, y a Jesucristo, el Hijo, de la misma sustancia que el Padre y el Espíritu Santo, que es Dios y da la vida. O bien se puede rechazar todo esto, y escribir con mayúsculas: «Dios no tiene un Hijo»; «Jesucristo no es el Hijo de Dios, es solamente uno de los profetas, aunque no el último; es solamente un hombre»... Elegir comporta una iniciativa del hombre. Sin embargo, Cristo dice: «No te lo han revelado ni la carne ni la

sangre, sino mi Padre» (Mt 16, 17). Esta elección, por tanto, no es solamente una iniciativa del hombre, es también una *acción de Dios*, que obra en el hombre, que revela. Y en virtud de esa acción de Dios, el hombre puede repetir: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16) (C 32-33).

De ahí la invitación del Papa a no tener miedo. Sobre todo, a no tener miedo de que Dios se haya hecho hombre: «¡No tengáis miedo de Dios que se ha hecho hombre! Esto es lo que Pedro dijo junto a Cesarea de Filipo; “Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16). Indirectamente afirmada: Tú eres el Hijo de Dios que se ha hecho Hombre. Pedro no tuvo miedo de decirlo» (C 30).

Por esa seguridad que brota de la fe, Juan Pablo II invita a no tener miedo a la verdad de nosotros mismos, de nuestra realidad de pecadores, de la tentación contra la fe, de la inquietud de nuestro corazón creyente. A no tener miedo tampoco de las dificultades de los hombres, aunque a veces éstas asuman la fisonomía cruel de la persecución. No hay que temer encontrarnos con hombres que no entienden y rechazan el mensaje de Cristo:

«¿Cabe sorprenderse si hasta los que creen en un Dios único, del cual Abraham fue testigo, encuentran difícil aceptar la fe en un Dios crucificado? Éstos sostienen que Dios únicamente puede ser potente y grandioso, absolutamente trascendente y bello en Su poder, santo, e inalcanzable por el Hombre. ¡Dios no puede ser así! No puede ser Padre e Hijo y Espíritu Santo. No puede ser Amor que se da y que permite que se Le vea, que se Le oiga, que se Le imite como hombre, que se Le ate, que se Le abofetee y que se Le crucifique. ¡Eso no puede ser Dios...!» (C 33).

Por tanto, ni la tentación personal, ni la persecución de los hombres, ni el rechazo «escandalizado» deberían ser motivo de

temor para el cristiano que vive anclado en la certeza de la fe. Es la fe la fuente de la convicción y del valor de Juan Pablo. En la respuesta del Papa a esta primera pregunta que le pone Vittorio Messori, se resaltan las certezas de fe que dan un profundo tono de firmeza y persuasión a sus palabras. En estas certezas se amalgaman tanto la seguridad de su función como Vicario de Cristo, representante suyo sobre la tierra, como su misma vida y fe personal. Son las certezas que deben sostener y vigorizar las respuestas y actitudes del cristiano.

La primera de estas certezas es la existencia de un Dios que es Padre de todos. El Papa lo identifica con el Absoluto trascendente de los filósofos, y con el «Padre» de la revelación bíblica. Padre que, a lo largo de «Cruzando el umbral de la esperanza», es llamado «omnipotente», uno que está de parte de los que sufren, un Padre que entregó a su propio Hijo por nosotros, un Padre lleno de misericordia e infinitamente bueno. Esta certeza tiene una base filosófica, como puede verse en los capítulos dedicados a las pruebas de la existencia de Dios, pero es principalmente una convicción de fe. Es Cristo quien revela que tenemos en el cielo un Padre que nos ama: «*No tengáis miedo de Dios, sino invocad conmigo: Padre nuestro (Mt 6, 9). No tengáis miedo de decir: ¡Padre!... No tengáis miedo del misterio de Dios; no tengáis miedo de Su amor; ¡y no tengáis miedo de la debilidad del hombre ni de su grandeza!* El hombre no deja de ser grande ni siquiera en su debilidad» (C 30-34)... ante los ojos de ese Padre. Esta es la primera grande certeza del Papa: ser consciente de tener un Padre en los cielos, que actúa movido por amor en la vida y en la historia de los hombres.

La segunda certeza fundamental confiesa a Cristo vivo entre nosotros. Cristo es el sacramento, el signo visible del Dios invisible. «Sacramento implica presencia. Dios está con nosotros. Dios infinitamente perfecto, no sólo está con el hombre, sino que

Él mismo se ha hecho hombre en Jesucristo» (C 30). En seguida el Papa continúa su respuesta describiendo la vida de Pedro junto a Cristo; una vida que pasa del temor a la certeza, de la debilidad a la intrepidez por la fe y el amor al Maestro. Tampoco de esa segunda certeza está ausente la tentación y la dificultad. Que el Verbo se haya encarnado y que Jesucristo hubiera muerto en la cruz sigue siendo «escándalo para los judíos y necedad para los gentiles» (1 Co 1, 23). Pedro no tuvo miedo de que Dios se hubiera encarnado, pero sí «sintió miedo ante el hecho de que el Hijo de Dios hubiera sido flagelado y coronado de espinas, y al fin crucificado. Pedro no podía aceptarlo. Le daba miedo» (C 30). Mucho menos debería sorprendernos que los hombres de hoy se resistan a aceptar un Dios crucificado.

Sin embargo, la fe confiesa que el Hijo de Dios murió en la cruz, resucitó al tercer día y vive y acompaña la historia de los hombres. Es la presencia cercana y salvífica del Redentor lo que da vibración a las afirmaciones de Juan Pablo II y justifica su confianza y valentía ante las dificultades y situaciones históricas: «Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?» (Rm 8, 31).

La tercera certeza del Papa es la fe en el Espíritu Santo que actúa en los hombres. De nuevo es la persona de Pedro quien le da la clave interpretativa. Siguiendo la historia del Príncipe de los Apóstoles y de su traición a Cristo, el Papa contempla la situación inédita creada después de la resurrección, y dice: Ya no era cuestión solamente de Pedro y de sus simples fuerzas humanas; sino que se había convertido ahora en una cuestión del Espíritu Santo, prometido por Cristo.

«El día de Pentecostés, Pedro habló el primero a los israelitas allí reunidos y a los que habían llegado de diversas partes, recordando la culpa de quienes clavaron a Cristo en la cruz, y confirmando la verdad de Su Resurrección. Exhortó también a la

conversión y al Bautismo. Y así, gracias a la acción del Espíritu Santo, Cristo pudo confiar en Pedro, pudo apoyarse en él, en él y en todos los demás apóstoles» (C 31).

En definitiva, la certeza de fe del Papa se condensa en la convicción humana y sobrenatural de la presencia activa y amorosa de Dios en la historia de la humanidad y de cada uno de los hombres. Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo en diálogo salvífico con toda persona humana.

En esta primera respuesta de Juan Pablo II se hace evidente que para él no se trata de un «saber» o «saberse», sino de un «experimentarse». Su profesión de fe tiene un marcado carácter histórico, que le hace experimentar la acción de Dios injertada en la historia personal y de la Iglesia cada día. En el capítulo «Una “historia” que se concreta» él explica ampliamente este concepto. La acción salvífica de Dios constituye una historia que se desarrolla dentro de la historia de la humanidad, a la vez que tiene la dimensión de la vida de cada hombre. Se trata de una historia que se sintetiza en la fundamental constatación de una gran intervención de Dios en la historia del hombre, que alcanza su culmen en Jesús de Nazaret (cf. C 74-75). Así, por ejemplo, no dudará en aproximar la caída del comunismo al texto evangélico «Mi Padre obra siempre y yo también obro» (*Jn* 5, 17) (cf. C 137).

Es pues, una fe en Dios que actúa en la historia. Nada más lejos de la fe del Papa que una reducción mitológica de Cristo o una evaporación del concepto de Dios o una difuminación ambiental del Espíritu Santo.

La fe profesada que son tres personas vivientes, cercanas, interesadas en la vida personal de él y de cada uno de los

hombres. Dios único todopoderoso y amor infinito. Así se entiende la insistencia y la fuerza del «no temáis» del Papa.

Por tanto, ni racionalismo ni fideísmo, sino fe viva, penetrada de logos, experiencial e histórica. El libro «Cruzando el umbral de la esperanza», por la convicción con que fueron escritas sus líneas, por el tono seguro de su expresión y por la fundamentación teológica de la doctrina, transmite un fuerte sentido de esperanza y optimismo. Esta fue también la impresión que obtuvo Vittorio Messori de la respuesta del Papa:

Que la Segunda Persona de la Trinidad se ha encarnado, que Jesucristo vive, actúa, informa el universo entero con Su amor, el cristiano Karol Wojtyla en cierta manera lo siente, lo toca, lo experimenta.. Lo que para nosotros puede ser un problema, para él es un dato de hecho objetivamente incontestable. No ignora, como antiguo profesor de filosofía, el esfuerzo de la mente humana en la búsqueda de «pruebas» de la verdad cristiana..., pero se tiene la impresión de que, para él, esos argumentos no son sino confirmaciones obvias de una realidad evidente⁸.

JORGE RODRÍGUEZ

Sacerdote mexicano, doctor en teología por la Pontificia Universidad Gregoriana, Decano de Teología en el Pontificio Ateneo *Regina Apostolorum* en Roma, en el que también enseña teología fundamental.

